

---

## Avidez de lo otro

María Zambrano

**A**videz de "lo otro" podría ser la forma más benévola de señalar la envidia. Y antes que la avidiez, que es el sustantivo, la esencia, llama la atención el término "lo otro". Es "lo otro" lo que toma aquí especial sustantividad, destacándose.

En el mundo español, tan especialmente azotado por la envidia, alguien extraordinario ha escudriñado en su fondo. Don Miguel de Unamuno la ha abordado de dos modos en la novela *Abel Sánchez, historia de una pasión* y en un drama no muy advertido por la crítica y la atención pública: *El otro*. El drama dice ya en su título con desnuda elocuencia lo sustantivo de ese otro, que es el término, el objeto de la envidia... El otro, lo otro, sustantivado. Y la genialidad del poeta llega a no dar nombres en el drama, tragedia; es el otro, el hermano. El envidioso y el envidiado no tienen nombre: son el uno y el otro, y nada, nadie más.

Tal parece ser el tormento distintivo de este mal sagrado. Tormento del uno por el otro, tormento del otro que no tendría que serlo.

Avidez de lo otro podría ser igualmente la definición del amor. Sin que pudiera ser nota distintiva el tormento producido por la envidia, porque el amor según las quejas de quienes lo padecen es tormento en grado sumo, como la envidia. También tormento que se alimenta de sí mismo. Amor y envidia son procesos del alma humana en que el padecer no produce ninguna disminución; el padecer es alimento.

La misma definición parece convenirles. Avidez de lo otro, a esta pareja de contrarios que son envidia y amor. La ambivalencia del mundo de lo sagrado se hace manifiesta. Y esta ambivalencia es la que necesita ser interpretada.

---

\* Este texto pertenece al libro *María Zambrano en Orígenes*, Ed. del Equilibrista, México, 1987.

La avidez es propia de algo que necesita crecer; crecer o transformarse, dejar de ser lo que es, algo que se encuentra en estado transitorio. No tiene avidez aquello que puede ya permanecer en sí mismo, lo que tiene entidad y reposo. La avidez es la llamada en lo que todavía no ha llegado a su ser, y tiende a adquirirlo de alguna manera.

Y así Platón a través de una voz sagrada, la de la sacerdotisa de Mantinea, hace al amor hijo de la carencia. Es lo que tiene de naturaleza ávida, de ansia, de necesidad hecha activa, y más en el amor, el objeto a que se dirige no es sentido como otro. Y sin duda que en este sentido del otro o de lo otro es donde debe hallarse el abismo que separa el amor de la envidia. ¿Qué significará este otro en la envidia que tan lejos la lleva de su hermano el amor? ¿Cómo es sentido *el otro* en la envidia?

Avidez de "lo otro"; comunidad de amor y envidia, a lo menos en un primer sentido, pues bien pronto en el amor "lo otro" se transforma en lo uno. La envidia, en cambio, mantiene obstinadamente la alteridad de lo otro, sin permitirle que toque la pureza de lo uno.

Y al mantener lo otro como otro crece la avidez, llega al frenesí. El peso de la envidia no puede renunciar a eso otro. Sin duda que en lo más íntimo de su vida algo sucede que le mantiene ligado a eso otro, extraño, y más yo que su propio yo. ¿No será que el envidioso se ve a sí mismo vivir en él?

El mundo de la tragedia griega aparece como la frustración de seres en quienes la sustancia genérica no permite medrar a la figura propia. Drama entre el padre, ese padre que representa a los padres todos, y el hijo. Parece haber sido el drama más terrible de la antigüedad. Ningún héroe de tragedia alcanza la soledad, esa soledad necesaria para ser uno mismo. Pues en verdad la identidad personal nace de la soledad, de esa soledad que es como espacio vacío necesario que establece la discontinuidad. Parece haber sido necesario pasar como un acto en la historia ese período del desamparo humano, del final del mundo antiguo, para que pueda nacer el hombre solo, el hijo, el hombre verdadero.

La resistencia genérica en el incesto trágico parece estar muy relacionada con la envidia, forma de parentesco trágica en que el uno no puede desprenderse del otro, en que el llamado a ser uno no encuentra su unicidad y se siente vivir en el otro.

### *La visión del semejante*

Verse vivir en otro, sentir al otro de sí mismo sin poderlo apartar. El envidioso que parece vivir fuera de sí es un ensimismado; *invidre ya* dice por su composición el dentro que hay en ese mirar a otro. Mirar y ver a otro no fuera, no allí donde el otro realmente está, sino en un abismal dentro, en un dentro alucinatorio donde no encuentra el secreto que hace sentirse uno mismo, en inconfundible soledad,

Verse vivir en otro ensimismadamente. El ver vivir a otro en el espacio externo, en el fuera, no es ni trae envidia. Ver objetivamente, es decir, ver a cada cosa y a cada ser en el espacio que le sea adecuado, es lo propio del que ya no puede envidiar, Porque solamente se puede envidiar al semejante.

Ver a las cosas que no viven y aun a las que viven vida diferente de la nuestra no parece que pueda llevar la envidia. Las cosas y las criaturas vivas no humanas aparecen en un espacio diferente en que vemos -al cabo de muchos esfuerzos- a los semejantes, Ver a un semejante parece ser la clave de la envidia y con ello del propio ser. Porque en la visión del semejante va implicada la interioridad, el dentro que es nuestro espacio, al cual nos retiramos y que nos confiere la suprema distinción. Cómo nos sintamos en ese verdadero espacio vital está relacionado con la visión del prójimo, con la comunidad; con el logro del ser individuo de la especie humana en soledad y comunión.

Ver a un semejante es ver vivir a alguien que vive como yo, que está en la vida a mi manera. Sólo él puede ser sentido en esta implicación de la envidia, porque sólo él puede estar implicado en mi vida. Y es que al ver al semejante no le vemos objetivamente en el espacio físico, sino que siento su vida en mi vida.

El individualismo moderno nos ha acostumbrado a que creamos estar viviendo solos; el prójimo adviene a mi soledad, que vale tanto como mi existencia ya completa; partiendo de ella conozco, veo y siento a mi prójimo. El espacio vital o interioridad estaría libre de implicaciones; el dentro, ese dentro donde el hombre se ensimisma según Ortega dice en su *Ensimismamiento y alteración*, ¿es un espacio libre, un lugar donde no nos encontramos más que con nosotros mismos? ¿Es un retiro vacío? ¿Cuál es la estructura de este lugar donde continuamente nos retiramos?

Ha sido interpretado de distintas maneras a lo largo de la historia del pensamiento. La interioridad como tal es descubierta por el cristianismo que, mediante San Agustín, se incorpora al pensamiento y a la creencia del hombre común. Antes del cristianismo, en Grecia es alma; después de la revelación de San Agustín, en otro trance decisivo, será conciencia en Descartes. Pero la cuestión, según nosotros la vemos, no coincide exactamente, pues se refiere no al lugar interior, *psique* o conciencia donde vivimos, nos movemos y somos, donde percibimos las cosas todas, sino a esa interioridad específica humana donde la vida del semejante está implicada.

La vida del semejante no es percibida como la del resto de las cosas y criaturas, tiene lugar en otro plano, más interior. Para ver al semejante nos adentramos. Y hay grados diferentes en este adentramiento. Si para percibir y conocer lo no semejante realizamos un movimiento de salida, como si quisiéramos llegar hasta los linderos de nuestro ser, asomarnos a nuestros propios límites, para ver y percibir al prójimo contrariamente nos hundimos en nosotros mismos y desde este dentro de nuestra vida lo sentimos y percibimos. De ahí ese carácter peculiar de la percepción del yo ajeno que tiene siempre un tono, provocando una tensión, porque nos sentimos afectados mucho más. Frente al mundo exterior creemos vivir dentro de unos límites, nos sentimos defendidos; frente al semejante nos sentimos estar al descubierto, como inmersos en un medio homogéneo de donde emergemos a la vez. En realidad toda percepción del semejante es secreta, tiene lugar en algo no manifestable en un medio que no coincide en modo alguno con el medio que hemos dado en llamar físico y que corresponde a los sentidos. Tampoco con la conciencia. Es otro medio, el medio de la interioridad, donde tal percepción tiene lugar. Y en ella sentimos unitariamente a la persona que es el prójimo, y a su lugar en la existencia. Y la sentimos como se siente toda realidad por los límites con la nuestra, por su acción sobre nosotros. Pero lo que en nosotros padece la realidad de la persona semejante, es algo mucho más profundo que lo que se siente afectado por las cosas no vivas y por las criaturas vivas que no son nuestros semejantes; ante él nos sentimos comprometidos, y en peligro; nos sentimos acrecentados o disminuidos.

Todo ver a otro es verse vivir en otro. La vida humana jamás está sola, sino en instantes en que la soledad se hace, se crea. La soledad es una conquista metafísica, difícil, porque nadie está solo,

sino que ha de llegar a hacer la soledad dentro de sí en momentos en que es necesario para nuestro crecimiento. Los místicos y los poetas hablan de la soledad como algo por lo que hay que pasar, punto de partida de la ascesis, es decir, de la muerte, de esa muerte que hay que morir, según ellos, antes de la otra, para verse, al fin, en otro espejo.

La visión del prójimo es espejo de la vida propia; nos vemos al verle. Y la visión del semejante es necesaria a la vida humana precisamente porque el hombre necesita verse. No parece existir ningún animal que necesite contemplar su figura en el espejo. El hombre busca verse y parece vivir en plenitud cuando se mira, no en el espejo muerto que le devuelve la propia imagen, sino cuando se ve vivir en el vivo espejo del semejante.

Sólo al verme en otro me veo en realidad, sólo en el espejo de otra vida semejante a la mía adquiere certidumbre de mi realidad. Creer en la realidad de sí mismo no es cosa que se dé sin más, parece ser que es certidumbre recibida de un modo reflejo. Creo en mí, me siento real si me veo en otro como real. Mi realidad depende de otro. Y esta trágica vinculación engendra, a la vez, amor y envidia. De la soledad, de la angustia no se sale a la existencia en un acto solitario, sino a la inversa, de la comunidad en que estoy sumergido salgo a la realidad mía a través de alguien en quien me veo, en quien siento mi ser. Toda existencia es recibida. Y ya después de esta certidumbre previa, necesaria, donde la envidia acecha, puede advenir la conquista de la soledad. Soledad relativa a los semejantes, desprendimiento de ellos por adentramiento en busca de otros espacios, donde lejos de los hombres no estoy solo, sino que me busco en un espejo más allá del tiempo humano, del que algunos hombres han dado testimonio.

La envidia, mirada a través, es la visión en un espejo que no nos devuelve la imagen que nuestra vida necesita. De ahí la ambigüedad de la envidia, y esa especie de vínculo que se establece entre el que envidia y el envidiado. Vínculo que ronda con la complicidad, porque inevitablemente se siente que si el envidiado-espejo enviase al poseso de la envidia la imagen que espera y necesita, le rescataría del infierno en que yace. Y quizá la envidia provenga de la turbiedad del envidiado, que no mantiene su interior espacio transparente, sino que empañado por alguna pasión indiscernible para él

no le refleja como debiera. Leibniz dice que "el hombre es el espejo consciente de la vida universal". A este espejo consciente parece imposible que nadie le envidiara por encontrar en él la limpia y nítida imagen que de su ser espera. . Llegar a ser ese espejo consciente es la perfección de lo humano, mas no su común realidad.

Y así, la envidia se sale con la suya en tomar equívoco lo envidiado. Juego de miradas, de existencias que se ven y miran vivir la una en la otra en la esperanza de encontrar la imagen que necesitan de sí misma: ambigüedad azarosísima de la participación.

### *Participación e identidad*

Visión y vida no son distintas, en lo humano la visión engendra la vida. Hay divisiones que nos hacen o ayudan a ser. La vida humana necesita ver para ser vida. "Vivir para ver" y ver para vivir. La visión libera a la vida, mas la visión de sí mismo trae el grado supremo de libertad.

Pero si la visión de sí mismo no es directa sino refleja, a través de una semejante, la libertad es adquirida por medio del otro. Somos, pues, por otro y con él.

Libertad es identidad. Parece que el fin a que la vida tiende es la formación de lo que se ha llamado en el lenguaje de la filosofía moderna "sujeto", la formación de un sujeto, y sujeto es identidad.

Pertenece a la esencia trágica de la vida el necesitar del otro aun para la libertad. De no ser así la tragedia sería un juego o un equívoco o, como muchas mentes modernas han creído, una aberración, algo definible en patología. Pero el logos del *pathos* del padecer trágico, es muy otro.

La tragedia no es sino la expresión de la comunidad o participación anterior a la definición del individuo. Como larvas o conatos de ser los personajes de tragedia se identifican con sus pasiones, con aquello que les pasa. Nada más tienen, ni son: lo que les pasa y nada más. Y así ante la razón histórica o cualquier otra teoría sobre el hombre y la vida, tendremos que interrogar con el infinito temor que tales preguntas envuelven acerca de si el hombre no irá en busca de su identidad más allá de sus pasiones, más allá de los sucesos de su vida; si no irá buscando esa identidad pura y libre que le confiere el carácter de ser sujeto de lo que le pasa, pero no simple paciente de su pasar.

Y este pasar se mueve en la participación. ¿Estríbará ahí la envidia? ¿En verse en el pasar siempre equívoco e injusto?

No podría nacer la envidia de sentir la vida como suceso y pasión, porque así serían vistos también los demás, "los otros". En la pasión todo es otro y nada es uno, pues nada permanece. Pero si buscamos la identidad de ser alguien por encima y más allá de lo que nos pase, y de lo que pasemos, entonces no podrá surgir la envidia. Porque la envidia es pasión del otro, pasión de la identidad de otro, pasión de la libertad de otro, en la vacilante unidad y libertad de uno mismo.

La envidia, la más ensimismada de las pasiones, que transcurre por debajo del pasar y las pasiones y toma en ella su pretexto. La envidia no es, no tiene sentido, sino hendida como fría espada entre esa busca de la identidad y la libertad, más allá del acontecimiento y aun de la pasión, como ante una promesa suprema, aunque indiscernible.

La envidia está en el camino de la soledad y si el que está acometido por ella la lograra, cesaría. No cabe envidia en soledad, porque únicamente adquiere soledad el que de algún modo y en algún sentido ha logrado identidad, que es quietud y reposo y certidumbre.

Atravesadamente surge en el camino de la soledad cuando quien lo anda necesita y está en la participación. La envidia convierte al semejante en "el otro". Pero ¿qué sentido tiene esta torcida conversión sino que el mismo necesita convertirse en el uno y que no puede hallarse intrincado, implicado en el semejante, sin poderse desprender de él? La envidia convierte en sombra de una vida ajena a la vida propia.

Sombra del otro, tal- se siente el que envidia. Unamuno lo hace ver así lúcidamente en su genial relato *Abel Sánchez*. "Sombra de un sueño", según Píndaro, que tanto repite Unamuno, mas vanamente sombra del otro. ¿Cómo el semejante puede ser convertido en el otro?